



II.- INSTRUCCION

Lo más importante, hermanas, es comprender bien el espíritu de su Orden, de conocerlo bien. Ya os he mostrado que el espíritu de la regla de san Agustín es un espíritu de amor y de caridad, que es el primer motor. Ciertamente, me diréis, que no es necesario ser religiosa para amar a Dios y al prójimo, ya que es un mandamiento que Dios da a todo cristiano. Pero si lo da de una manera tan formal a todos aquellos que quieren ser sus discípulos, ¿no sería también necesario que se lo pida a sus amigos, a sus esposas?

¿No deberíamos seguir la inclinación de nuestro corazón amando a Dios y a nuestros hermanos por su amor? ¿Cómo desarrollaremos esa necesidad de amar a Dios que nos lleve a dejarlo todo para darnos a él sin reservas? Algunas me lo adivinan: por la vida interior. Y la vida interior no es más que una continuación de la oración. Se buscan bellas y sabias definiciones sobre la oración, voy a daros la de santa Teresa: “No es nada más”, según esta gran maestra de la vida espiritual, “que una conversación con Dios del amor que le tenemos, del que le quisiéramos tener y del que le pedimos nos dé”.

Sabéis, queridas hijas, que nuestra vida activa debe tener su fuente en la vida interior. Si uno pudiera imaginarse una Asuncionista perfecta, sería una hija amante de Dios con toda la profundidad e intensidad del amor y a la que ningún sacrificio le costaría si se tratase de ganar almas.

Quisiera que os dieseis cuenta de lo que quiero decir sobre la intensidad del amor. Quiero decir que si, haciendo un sacrificio a Dios, buscáis crecer para él, agrandarle más en todas las cosas, el alma amaría así a Dios y escogería lo más perfecto. No comerciamos con Dios: si se presenta un sacrificio, abracémoslo en lo que haya de más penoso. ¿Es qué él, nuestro Salvador, ha calculado cuántas gotas de sangre nos daría? ¿Ha puesto un límite a su amor sin medida? Ha derramado toda su sangre, ha bebido hasta las heces el cáliz que su Padre le había preparado.

No os detengáis en el camino del amor, hermanas. Quien se detiene, retrocede. Volad en ese camino de sacrificios, ciertamente es el más puro, el único que os unirá para siempre con Dios. Y por volver a la práctica, recordad esta palabra: “Dios es un Dios celoso”¹ Él quiere ocupar solo vuestro corazón, ser vuestra vida, vuestra salvación.

Antes, en el mundo, teníais amigos, los amabais. Vuestro padre, vuestra madre, un hermano, una hermana ocupaban vuestra vida. Decidme, ¿teníais intercambios profundos con el portero que abría y cerraba la puerta de vuestra casa, con la empleada que limpiaba vuestro cuarto? Seguramente que no. Que ellos vinieran o se fueran, poco os importaba. Y ¿qué diferencia ponemos algunas veces entre Dios y el portero, entre Dios y la empleada? Dios cuida nuestro corazón posándose él mismo como un escudo sobre la puerta, defendiéndonos contra el peligro, nos protegerá contra los enemigos de nuestra salvación. Él trabaja con su

gracia nuestra alma, quita lo malo, reemplaza las espinas por rosas y hace crecer lirios de la pureza allí donde había fango del pecado.

¿Qué vida tenemos nosotras con él? La mayoría de vosotras comprenden lo que quiero significar cuando digo vivir con alguien, saben lo que es hacer feliz en esta vida a la persona amada, que daría a Dios una parte de su ser. Hay almas que no sienten estos sentimientos de afecto natural, Dios les ha dado esa gracia, porque lo es, guardar la vida de su corazón únicamente para El.

Uno se preocupa, hermanas, por el medio para encontrar la paz: hay uno infalible y al alcance de todos: es el amor, es la caridad; porque el amor hacia Dios dirigirá vuestra intención hacia Él; una intención recta y pura de agradar a Dios, las librá de muchas contrariedades, de muchas preocupaciones. En todas las cosas deciros: “¿Esto importa a Dios? No. Pues tampoco me importa a mí”. Y no os inquietareis demasiado. Lo repito, hermanas, estamos doblemente obligadas a trabajar para adquirir la caridad, porque está en nuestra Regla y porque es el primer precepto del Evangelio.

Pero, hermanas, si estamos tan obligadas por nuestra cualidad de cristianas, ¿qué no podrá decirse de aquellas de entre nosotras que han hecho el voto de extender el Reino de Jesucristo en las almas! Y ahí está el objetivo de todas vosotras, todas deseáis hacer el 4º voto. Para ser dignas, es necesario prepararse empleando desde ahora todos los medios posibles para ganar almas. Y sin ir a misiones, ¿no tenéis a las niñas en medio de vosotras? ¿No creéis que una buena palabra, que vuestros ejemplos, vuestras oraciones quedarán sin efecto? Si todo vuestro exterior respira dulzura, caridad, si jamás os impacientáis con ellas, haréis un bien inmenso. Es verdad que, según un proverbio, no se cazan las moscas con vinagre; no será tampoco siendo bruscas con ellas, regañándolas, como atraeréis sus corazones y las llevareis a Jesucristo.

Es una virtud muy grande y muy rara, me diréis, permanecer siempre ecuanímes, a pesar de la contrariedad con que nos encontremos, pero también ¿qué es un alma? Ah, sí conocierais su precio, no habría esfuerzo que no haríais para salvar una sola. Y no hay que creer que debamos apegarnos solamente a las niñas que nos agradan. ¿Los paganos no saludan a los amigos?, dice Nuestro Señor.

Una religiosa que tiende a la perfección debe aplicarse, al contrario, a ganar almas que le parezcan más desagradables. Nuestro Señor, ¿no ha muerto por todos, no prepara un cielo para todos? Y si Nuestro Señor digna comunicarse a un alma, darse en alimento, ¿es que su esposa se negaría a sentarse con ella? No me detengo en estas consideraciones, queridas hijas, ya lo habéis considerado bastante vosotras mismas ¿qué más os diré para comprometeros en la práctica de la caridad?

“Dios no se complace más que en los corazones trabajados por la humildad y ensanchados por la caridad”, dice san Francisco de Sales, y todavía seguiré refiriéndome a ese santo.. Todos los demás podrían servir de ejemplo, porque ¿quién no es más amante y más amable que un santo? No se desea solamente verlos, sino que se quisiera vivir siempre con ellos. Termino dejándoos meditar lo que se dice de santa Catalina de Sena: “Nadie se acercaba a ella sin volverse mejor”.

¹
Dt 4,24